

De palabras, libros... y otras representaciones



CRUCE

CRÍTICA SOCIO-CULTURAL CONTEMPORÁNEA



Portada

Meaito
José Hernández Díaz

6

Arte plástico
Najimir

12

*nota editorial

14

Lo corpóreo en *Un amar ardiente* publicación de Sergio Téllez-Pon sobre Sor Juana Inés de la Cruz
Yolanda Arroyo Pizarro

19

José María Lima: catástrofe y poesía
Lilliana Ramos Collado

*índice

25

Apalabrar Santurce entre imágenes y pisadas. “*Santurce, un libro mural*”
(Rafael Trelles y Francisco Font)

Ana María Fuster Lavín

29

Contando en forma: ¿ficción o historia? (Parte 2)

Manuel Martínez Maldonado

34

La violación como mandato

Vanesa Contreras Capó

36

El riesgo de no querer entender

Nancy Bird-Soto

39

ROGUE ONE:

Mímesis, nostalgia y controversia en una
galaxia muy, muy lejana...

Jorge L. Crespo Armáiz

45

Créditos de Charlot de Fina García Marruz

Zaira Pacheco

49

El supuesto recuerdo de "X" (¿o quizá de "A"?)

Aydasara Ortega

54

Cuerpo del poema. Muestrario de portraits

ADÁL e Irizelma Robles

60

Casi-ganadores

Rima Brusi

62

Querido José Luis:

A veces llegan las cartas... como las tuyas

Carlos Vázquez Cruz

Querido José Luis:
A veces llegan cartas... como las tuyas

Carlos Vázquez Cruz

RESUMEN:

Este artículo explora cómo Carmen Rivera Izcoa, propietaria de Ediciones Huracán e íntima amiga del escritor puertorriqueño José Luis González, nos lo devuelve a 17 años de su fallecimiento en *A veces llegan cartas...* Como metáfora y motivo, el huracán (nacido de la tormenta tropical, transitando por las cinco categorías del fenómeno ciclónico, y concluyendo con la virazón) se materializa para desglosar la identidad fluida, multidesplazada, compleja, de González. Asimismo, reafirma sus pasiones ideológicas-políticas, claramente afincadas en su concepción de México como proyecto de país y en la supuesta “inmadurez [de Puerto Rico] para cualquier cambio importante”. Sin embargo, este escrito también cuestiona las intenciones de Rivera Izcoa, quien revela interioridades capaces de lacerar la opinión pública acerca de González o de acarrear censura contra su obra. He aquí el atisbo sobre uno de los escritores puertorriqueños de mayor trascendencia en el siglo XX... y sobre la amistad incondicional.

En esta ocasión, un servicio postal trae música de fondo. El *...Epistolario de José Luis González* toma prestada una canción del compositor español Manuel Alejandro, que grabaran tanto Julio Iglesias como Raphael, “el hijo de Linares”, en sus discos *Por una mujer* y *Volveré a nacer*, simultáneamente, en 1972. “A veces llegan cartas” funge como pretexto en todos los

sentidos. En primer lugar, su popularización y el inicio de los sucesos referidos pueden catalogarse como contemporáneos. Segundo, varias de sus líneas sirven de pie forzado tanto para titular el libro,ⁱ como para subtitar el prólogo y seis de sus siete secciones.ⁱⁱ Finalmente, el acto de trasplantar una pieza musical a la literatura, y el factor de que una canción de origen español figura en una publicación puertorriqueña acerca de un autor boricua nacido en República Dominicana y exiliado en México, representan el desplazamiento diaspórico que caracteriza la vida de González.

Carmen Rivera Izcoa, destinataria, comienza un contracanto valiéndose de la letra de Manuel Alejandro, pero se ve obligada a repetir –con variante– el verso “llenas de esperanza” en el cuarto y sexto subtítulos,ⁱⁱⁱ luego de lo cual se desintegra la intertextualidad. Sin embargo, la también editora echa mano del manuscrito encontrado^{iv} como recurso para exponer la reflexión y la investigación previas a la decisión de difundir las cartas. Aunque para ella prima la necesidad de “contextualizarlas de acuerdo con los hechos literarios y sociopolíticos que [ocurren] en el momento” (17), este ensayo privilegia los datos inherentes a González, y obvia las situaciones particulares de Rivera Izcoa, así como el cotilleo relacionado con polémicas ocultas.

Finalmente, montar el andamiaje personal e intelectual del escritor a partir de este epistolario, constituye un esfuerzo fallido, pues

su amiga no solo muestra la voz de González en 31 cartas hacia ella, sino que, al sustraer sus propias respuestas a las misivas, exhibe la mitad de un proceso de comunicación llevado a cabo originalmente entre dos personas. Ello redundante en que quien lee solo se topa con una misiva de ella hacia él,^v según se indica, “por razones [obvias] cuando se lea la misma” (26). A la carta de Carmín, se suman los paratextos del prólogo y de 181 notas al calce en las cuales ella edita, argumenta, duda, corrige, desmiente y rumora. Fisuras en su memoria,^{vi} a las que se añade el comentario “Dominga era una puertorriqueña pobre y negra, discípula de Albizu Campos” (86), lisian su voz, por tratarse esta de la única ocasión en el texto en que se acude a apreciaciones de clase y raza para describir a un sujeto. Estos aspectos minan la imparcialidad de Rivera Izcoa y dejan sin efecto la aseveración que concluye las palabras preliminares: “Hasta aquí mi participación” (26).

TORMENT[O] TROPICAL

No empece que la aparición de las misivas de González “en un archivo de Ediciones Huracán” (7) resulta casual, su publicación no parece fortuita. En “Antecedentes...”, luego de preguntarse cuán lícito es dar a la luz cartas que no se escribieron para tal fin, si exhibirlas violenta la intimidad del autor, y si enriquece nuestro acervo cultural (17), Carmín Rivera Izcoa reflexiona acerca del “valor literario de los epistolarios” (16).

La editora arguye que existe consenso en relación con su valía —consenso cuyas fuentes no revela—, máxime “de las cartas enviadas por los escritores consagrados” (18), aunque “no está claro entre los entendidos si se deben publicar” (19). Aun así, las reconoce “como instrumentos colaterales de la crítica” (17), pues la “correspondencia ayuda a explicar [la] producción literaria y a revelar corrientes culturales de la época” (20). Apunta Rivera Izcoa que las comunicaciones:

...pueden ofrecer una amplia variedad de conocimientos sobre la vida cotidiana y social imperante en tiempos del emisor, así como de su entorno socio-político y, sobre todo, del cultural. Las cartas también pueden abrir una puerta para

adentrarse en el mundo del escritor para verlo interactuando con sus familiares, amigos, e incluso con otros escritores, artistas o personajes del momento que le tocó vivir (18-19).

Tales detalles, magnificados por la impresión que dejó en ella el comentario de Vargas Llosa “sobre las cartas que Flaubert le escribía a su amante Louise Colet durante los largos cuatro años que dedicó a escribir [*Madame Bovary*]” (23), la convencen “de que se hace una contribución al acervo cultural puertorriqueño al publicar este epistolario de José Luis González” (24).

Después de tomada la determinación, emerge otro problema: “dejar establecido por qué las cartas tenían ese tono íntimo en relación con mi persona” (17), motivo que acompaña al prólogo desde la primera página (7). Rivera Izcoa explica previamente la cercanía con González: “[e]n 1973-74... pasó a ser mi huésped” (9); “[a]quellas nuevas circunstancias... abonaron el desarrollo de una gran relación de afecto y una fructífera complicidad en faenas literarias y culturales” (11); “fui la beneficiaria de innumerables ‘clases magistrales’ individuales... él fue mi maestro devoto y yo su alumna sedienta de aprender” (11).

Sin embargo, la necesidad de erradicar habladurías y de fundamentarse en parámetros amistosos, generan turbulencias en Carmín, sobre todo cuando, en no pocos aspectos, el contenido de las letras íntimas erosiona la opinión pública en torno a la figura de José Luis González. Menciona Rivera Izcoa que “las expresiones subjetivas en una carta permiten conocer rasgos desconocidos de la personalidad de su autor” (20). De esto se deduce que ella pondera las implicaciones que se desprenden de varias opiniones de González difundidas en este epistolario. Algunos escritores aún vivos cuando se imprime el libro, y familiares que les sobreviven a autores fenecidos, reciben en la actual entrega “cartas con sabor amargo, con sabor a lágrimas”.^{vii}

Una publicación de esta índole acarrea conflictos intrínsecos. En cuanto acto comunicativo, cartearse evidencia la conciencia de un inter-

locutor. El hecho de que existe el concepto “carta abierta”, “la dirigida a una persona y destinada a la publicidad”,^{viii} establece lo opuesto como acuerdo *cerrado*. Entre ambos participantes, coopera un convenio cuyo hermetismo se activa después de destapado un sobre. Se negocian la autoría y la propiedad: en las misivas, el autor dedica y le confía su voz a otro. Por ende, antes de destinar a las prensas dicho depósito de fe, se exigen ejercicios de sentido común, valoraciones éticas y abordajes a la intención ulterior del destinatario.

Lo anterior se refuerza cuando José Luis González no solo especifica quién puede acceder a una comunicación^x, sino que adelanta cuándo le ha otorga a un ente ajeno el privilegio de ojearlas.^x Fronteras movedizas de una motivación última se filtran cuando Rivera Izcoa concluye que “[p]ara una editora, la contestación parecería ser obvia: publicarlas” (16-17). Más tarde, se involucra en reflexiones y pesquisas que, casualmente, comprueban su impresión inicial. Así, este proceso colinda con el efecto Pigmalión, el efecto Rosenthal y la profecía autorrealizada: conceptos de la mitología, la investigación y la psicología utilizados para nombrar el acto de disponer de variables inconscientemente para satisfacer las propias expectativas. Carmín, receptora, es propietaria de Ediciones Huracán, cuyo sello se stampa en la portada. Como consecuencia, la puesta en circulación efectuada por el bien de los estudios críticos, se traduce en beneficio económico para Rivera Izcoa. En *A veces Llegan cartas... Epistolario de José Luis González*, se conoce al autor a través de sí, pero su interioridad se expone por conducto de una censora editorial: Carmen Rivera Izcoa, el ojo del Huracán.

CATEGORÍA 1: BIOGRÁFICA

Les nace a Mignon Coiscou Hernández, quisqueyana, y a José González Toledo, boricua, el 8 de marzo de 1926 en la República Dominicana. Muere a los 70 años el 8 de diciembre de 1996 amparado en suelo mexicano (SUAGM, 2015; Castillo Pichardo, 2009). Empero, el epicentro de esta discusión solo encierra un lapso de diez años en piezas de rompecabezas que se arman aleatoriamente, como la memoria.

Cuando se calculan las fechas provistas en el párrafo anterior, ante el período comprendido en el texto (25 de febrero de 1977 al 12 de julio de 1987), se infiere que José Luis González está próximo a cumplir 51 años para el tiempo de la primera carta, y tiene 61 cuando escribe la última. El diálogo termina nueve años antes de su muerte. Las misivas de González a Rivera Izcoa se publican en Puerto Rico a 17 años del fallecimiento del escritor.

En cuanto a su núcleo familiar inmediato, el narrador se ha casado con Eva [Benes] y tiene un hijo, José Enrique, cuyos saludos acompañan las despedidas de tres cartas (29, 72, 81). Su esposa es de nacionalidad checoslovaca (117). Del hogar original, se menciona a la madre y a un hermano (113). Noticias relacionadas con la salud de doña Mignon Coiscou, sugieren que vive con su hijo o cerca de él en México (120), mientras que el encargo que le hace González a Rivera Izcoa, “entregarle el cheque y las cartas” (113) a su hermano, revela que este reside en Puerto Rico.



José Luis González, tomado de *Listín Diario*

La fragilidad invade su casa en diversos instantes. En 1978 lo ataca una “bursitis localizada en la base del cráneo que me ha mantenido en cama” (46). En enero de 1983, su suegra enferma (117-118). La operan en agosto de lo que “trasluce que se trata de un tumor maligno” (120), y Eva sale el 19 de septiembre a Checoslovaquia, “donde permanecerá tres meses con su madre” (125). En julio del mismo año, doña Mignon sufre “un accidente resultante en una fractura de la cabeza del fémur”, que repercute en una operación (120).

En cápsulas misceláneas, González cifra su fe en el espiritismo, lo cual se demuestra cuando alude a la profecía de la vidente Yuya (47) y al solicitar su intercesión “para ayudar[lo] con el problema de la casa” (109). El autor padece una crisis financiera (117, 120), se muda de residencia (120-121), se le acusa de “escritor machista” (108) y, políticamente, se afilia al marxismo (SUAGM, 2015).

CATEGORÍA 2: CARTOGRÁFICA

Una extensísima línea de tinta y lenguaje conecta durante una década al Distrito Federal de México con Río Piedras, Puerto Rico. Según manifiesta el epistolario, información de ambas localidades se difunden a través de dos recursos: México, por medio de aconteceres, y Puerto Rico, mediante la circulación de periódicos y libros. Mientras, el autor funge de frontera en donde convergen los extremos que conforman su identidad.

De los sucesos mundiales, se filtran dos detalles: la dictadura que azota a Argentina en 1976, causante de que se cambiara a *Un decir* —sin previa consulta, por temor a la censura— el título de una colección de cuentos de Pedro Juan Soto (28), y el estado de guerra decretado en Polonia en 1981, específicamente la ocupación de la sede de Solidaridad por parte de la policía (115).

De México, la primera referencia concreta aparece el 16 de junio de 1977. Entonces, el país se encuentra “en el umbral de una huelga universitaria” (38) que, a fines de mes, se materializa. En su carta del 23 de junio, González

alude a la encomienda de “montar guardia en mi Facultad, que como toda la Ciudad Universitaria ha sido clausurada por los trabajadores que estamos en huelga desde el lunes 20” (44). Dos años más tarde (1979), por razones de desarrollo urbano, se construyen “16 ‘ejes viales’ al mismo tiempo”, lo cual José Luis describe como “lo más parecido... a una ciudad bombardeada” (80). Sin embargo, tanto avance de la infraestructura no impide “la crisis financiera” (117) que acaece al país en 1983, al extremo de que “el cobro de un cheque extranjero es difícil y tardado dadas las disposiciones bancarias vigentes” (122), y resulta “imposible mandar dólares a Puerto Rico” (139).

De la Isla del Encanto, se revelan los asesinatos de Carlos Enrique Soto Arriví y de Arnaldo Darío Rosado, jóvenes independentistas emboscados por la policía en el Cerro Maravilla el 25 de julio de 1978. El dato se registra de soslayo cuando González comenta: “La muerte del hijo de Pedro Juan [Soto] me conmovió hasta las raíces” (50-51). Luego resalta que Carlos Romero Barceló, entonces gobernador y líder del partido conservador,^{xi} revalida al cargo en las elecciones generales de 1980, antagonizándose ante una legislatura afiliada a la fracción popular.^{xii} Ante los truenos que se avecinan, González responde: “me regocija hasta lo indecible el resultado final de las elecciones” (97); “lo que ya no funcionará será el sistema, no tal o cual partido” (101).

México y Puerto Rico se entretajan en múltiples cruces o trasposos. Más allá de las cartas que originan esta exposición, existen una Asociación de Estudiantes Puertorriqueños en México (30) y “los boricuas de acá” (36), a quienes se suman artistas e intelectuales de la isla que viajan constantemente. Esto valida el tráfico, no solo de personas y encargos, sino de corrientes de pensamiento. Las visitas de Susana Matos se acusan en la quinta y en la vigesimosegunda carta (39, 101). Antonio Martorell se apunta seis tránsitos (48, 73, 82, 85, 114, 119), a la vez que su hermana se anota uno (76). A ellos se añaden: Manuel Maldonado Denis (79), Carmen Vázquez Arce (101), Federico Acevedo (103), Aurora (114), “un amigo” (116), Enrique Trigo (123) y “una persona amiga” (139). Información,

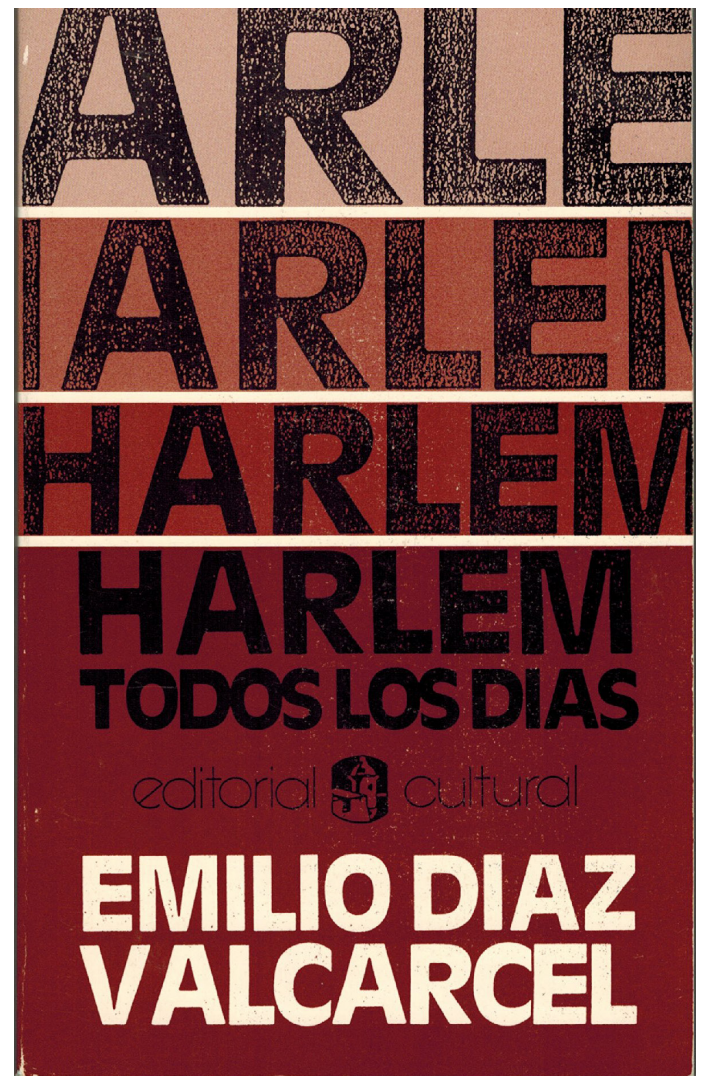
libros, cheques, carteles, etc., rebasan tierras y aguas en sus manos. Entre ellos, protagoniza la figura de Toño Martorell, quien—además de residir provisionalmente en el Apartamento 502 de Odontología 69 —“ha empezado a trabajar esos temas” (123), refiriéndose González a la adopción de influencias mexicanas en su arte, aspecto que los vincula más.

José Luis elabora mudanzas instantáneas mediante cartas cuyos hilos apalabrados enhebran un cordón umbilical —metáfora aplicable también al cable telefónico— para legitimar e imponer su voz sobre la geografía dejada atrás. Porque “la realidad afectiva del regreso puede darle paso a [dicha] realidad metafórica del regreso como dispositivo para una reflexión en torno a la lengua del *demos* puertorriqueño” (Quintero Herencia, 2013), la perspectiva distante de González ilumina recovecos del pensar nacional. Si, al decir de Quintero Herencia, “irse no es una tragedia perfecta como tampoco[,] una caída irrefutable”, y los viajes migratorios no dibujan líneas unidireccionales de sentido, el narrador se enchufa a la isla mediante el correo para energizar su irrefutable puertorriqueñidad. El autor ocupa un sinfín de latitudes valiéndose de “los poderes de la fuga, de la salida” (Quintero Herencia, 2013). Las cartas, cual hojas de “un calendario afectivo”, revelan que a algunos —como él— “su identidad no los dejará salir de casa” (Quintero Herencia, 2013).

A ello se debe su legitimidad al cuestionar “los planteamientos tradicionales de la literatura puertorriqueña” (SUAGM, 2015). Su afincamiento en México le resulta idóneo para “repensar nuestra realidad... reflexionar ante los conflictos existentes en Puerto Rico... [y] crear una obra que influenci[a] el ambiente intelectual de la isla”.

CATEGORÍA 3: BIBLIOGRÁFICA

Las coordenadas narrativas isleñas constan, tanto en los textos periféricos de la producción



general, como en los escritos específicos de José Luis González a lo largo de esta década.

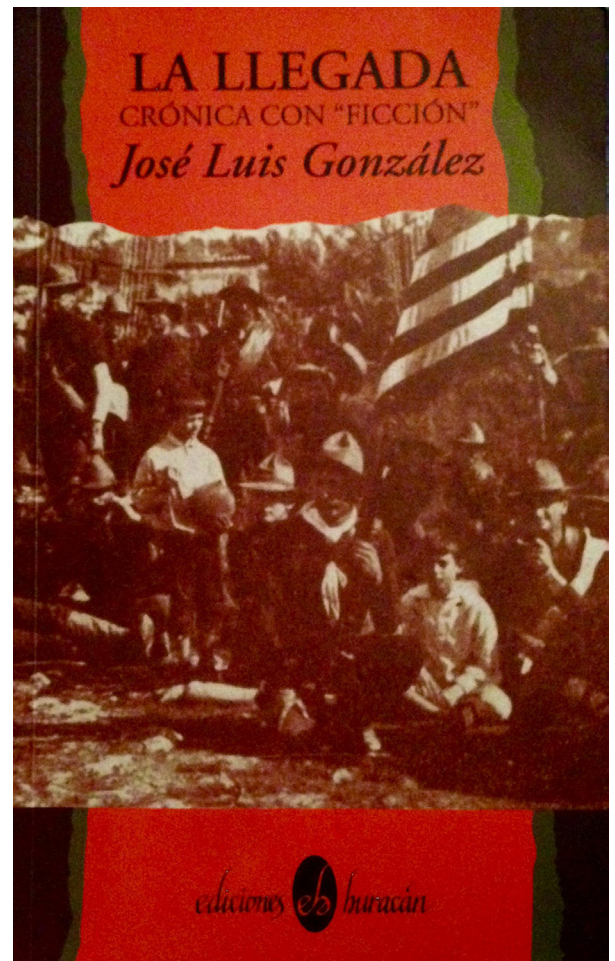
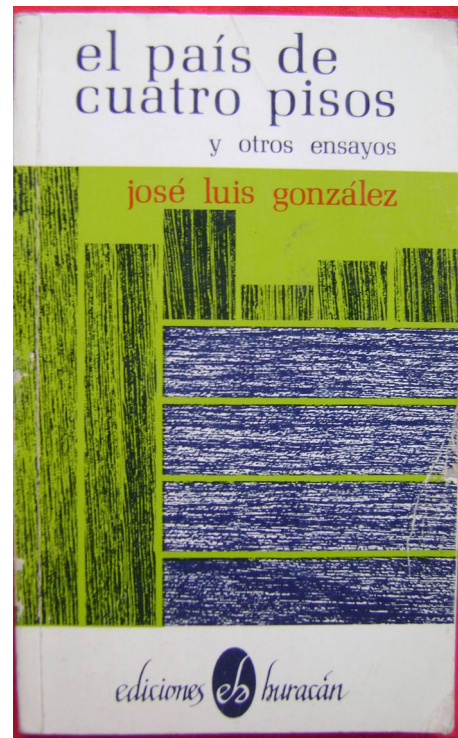
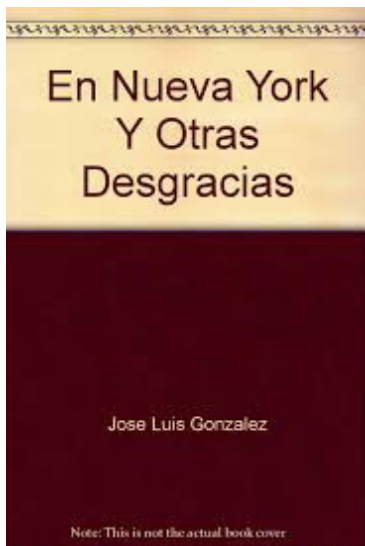
Entre los cuentos y novelas que marcan la época cubierta en este epistolario, se destacan: *Un decir*, de Pedro Juan Soto (28); *Memorias de Bernardo Vega*, de César Andréu Iglesias (34); *Harlem todos los días*, de Emilio Díaz Valcárcel (48); *La muñeca menor*, de Rosario Ferré (79), *La noche oscura del Niño Avilés* (98) y *Las tribulaciones de Jonás* (113), de Edgardo Rodríguez Juliá, y *El rabo de la lagartija de aquel señor rector y otros cuentos de orilla*, de Félix Córdova Iturregui (139). Asimismo, se alza un corpus antológico y crítico que formula

preguntas esenciales en torno a los derechos civiles y la definición identitaria durante los años 70.^{xiii}

Tal atmósfera prolífica del pensamiento puertorriqueño adquiere notoriedad gracias al *Coloquio de Princeton* (32) y al *Simposio de la UNAM* (31), dedicados a la isla; al otorgamiento del Premio Casa de las Américas a Juan Flores (75), y a que el artista Antonio Martorell, además de realizar su exposición *White Christmas* (104), ilustra los *Poemas de la oficina*, de Mario Benedetti para la editorial Nueva Imagen (81).

La creación literaria de González florece también en el conjunto. Su novelística entrega *Balada de otro tiempo* (46) y *La Llegada* (87), a la vez que de su ensayística surgen “Plebeyismo y arte en el Puerto Rico de hoy” (76), “El arte del cuento” (86) y *El país de cuatro pisos* (89). Su colección de relatos *En Nueva York y otras desgracias* adopta el estudio crítico de Andrés O. Avellaneda en sustitución del prólogo original de Ángel Rama (96). También, José Luis se catapulta al recibir el Premio Xavier Villaurrutia de Novela en 1978 por la *Balada...* (67-69).

Se advierte un vacío cuando el autor alude a proyectos que, según Rivera Izcoa, no se concretan: los *Tres relatos* para Ediciones ERA (75), las *Conversaciones en Llano Verde*^{xiv} (88), la “novela corta sobre el Puerto Rico del siglo XXI” (105), la edición bilingüe de *Historia de vecinos* (111), el “primer cuento largo de tema mexicano” (123-125), la *Historia con irlandeses* con Joaquín Mortiz^{xv} (125) y *¿Qué se hicieron los aztecas?* (136).



La muerte se vuelca sobre la clase intelectual boricua: fallecen César Andréu Iglesias (35) y Francisco Manrique Cabrera (47), a quien González acusa tácitamente de omisión deliberada:

...ni en el texto ni en las notas al calce aparece el nombre de tu perverso hermanito. Busca tú las raíces de esa mezquindad. ¿O no será que eso lo aprendieron ellos [Manuel Maldonado Denis y José Luis Méndez] de Manrique Cabrera? (108).

xvi

El comentario anterior apunta a que ningún momento histórico está exento de conflictos. Con él culmina una serie de fragmentos en que José Luis despotrica contra miembros del gremio académico. Los motivos oscilan entre desacuerdos críticos, diagnósticos conductuales, evaluación de expresiones públicas emitidas por un autor a la prensa o publicaciones recientes.

González le agradece a Rivera Izcoa que le envíe “la primera parte de la andanada lírica de Benjamín Torres” (32), quien reaccionó adversamente al libro *Conversación con José Luis González*. Luego, se lamenta por estar “esperando la segunda parte de la mierda esa”, puesto que, para él, Torres “es un falsificador vulgar y descarado” (34). Cuando al fin recibe la continuación, la califica “peor que la primera” (37).

Georg Fromm corre mejor suerte, quizás por la cordialidad que se entrevé. Aunque “el esquema preparado por Fromm” le parece al crítico “un proyecto inorgánico, ‘antológico’ en el mal sentido de la palabra” (45), González finaliza el escrito instándole a Rivera Izcoa que le dé “a leer esta carta a Georg cuando regrese de Europa” (45).

Dicha fortuna no acompaña a Emilio Díaz Valcárcel, ni a Josemilio González. José Luis estima que el primero exhibe un “problema psicológico”: “Emilio está tratando de compensar con el éxito de su novela los supuestos agravios y humillaciones de que se siente víctima” (49); “...es un caso de inmadurez en todos los órdenes” (57). Para rematar, la “reseña de *Harlem*” (novela de

Díaz Valcárcel) publicada por Josemilio le “parece hecha por un muchacho de octavo grado” (57).

González devalúa la entrevista a Pedro Juan Soto que aparece en *The San Juan Star*. La enjuicia como “siniestra, empezando por el título”. Opina que Soto “no está capacitado para hacer análisis políticos” (58).

José Luis empuña el diminutivo como recurso reduccionista cuando se refiere al “*librito* sobre Dominga de la Cruz”. Lo tilda de “lamentable, [pero] la culpa no es de Dominga sino de Margaret Randall” (86). En la siguiente oración, cuando alude al “*libro* de Cintio Vitier sobre Martí”, del cual “sobra decir que es obra de gran calidad” (86-87), el eufemismo desaparece. Esta comparación, así como la preferencia manifiesta de un autor sobre una autora, pudieran sustentar la acusación de “machista” mencionada al principio. Sin embargo, el gusto que expresa González en torno a “la antología de Julia de Burgos por Maggie Solá” (138), pudiese erradicar dicha posibilidad.

Una de las notas más dramáticas se alcanza al comentar la reacción de Manuel Méndez Ballester en torno a *El país de cuatro pisos*: “Que a un cadáver literario como ése lo haya sacudido... es, sin duda alguna, uno de mis mayores logros de escritor” (99). José Luis lo llama “pobre diablo a quien, por lo que consta, nadie le hace caso en Puerto Rico” (99). Más adelante, al enterarse de la acogida que recibe su ensayo, concluye: “el pobre Méndez Ballester debe de estar mordándose la lengua” (104).

Aunque las citas anteriores parecen contradecir a José Luis Vega, quien le atribuye a González una “disposición permanente hacia la buena polémica, hacia la buena discusión” (SUAGM, 2015), corroboran que su “espíritu vehemente, combativo e indómito; las luminosas gotas de sangre... se le suben a la cabeza” (Díaz Ruiz 375).

CATEGORÍA 4: ESTÉTICA

Mientras “algunos opinan que su obra máxima es *El país de cuatro pisos*”,^{xvii} José Luis Vega estima que esta “es su obra más polémica, no es necesariamente su mejor obra literaria” (SUAGM, 2015). Por el contrario, afirma que “‘En el fondo del caño hay un negrito’ es... un documento estético de un valor extraordinario” cuyo tema “es la enajenación... presentad[a] de una forma muy sutil”, y que la mayor contribución de González reside en la narrativa, específicamente, en el cuento (SUAGM, 2015).

En cambio, las discusiones acerca de las convicciones de José Luis en relación con la belleza, en el sentido más abarcador, se centran en el contenido de sus publicaciones y excluyen sus preocupaciones acerca del libro como artefacto. En esta dimensión, el epistolario constituye una aportación indudable, pues la mayoría de las cartas alude a especificaciones editoriales (7).

Desde 1975, el autor se vincula a la casa que entrado el siglo XXI publica el epistolario. Entonces escucha que Rivera Izcoa y un equipo de personas planean “organizar una empresa editorial” (12). De hecho, *Conversación con José Luis González*, de Arcadio Díaz Quiñones, se convierte en el primer libro en el catálogo de Huracán (13-14). Además, González cuida algunas de las ediciones que se hacen en México (14), dato sustentado por la carta inaugural, la cual acusa “un problemita... [e]n la nota a pie de página número 11” del libro de Georg Fromm (27).

A través de la correspondencia de José Luis, se decantan tres niveles estéticos: el lenguaje, el aspecto del libro, y la publicidad, entendiéndose los primeros dos como garantías de un producto pulcro, generado para ser vendido.

Sobre la conciencia lingüística, se destacan, tanto el acto de enviar correcciones, como notas en torno a mayúsculas, tildes y erratas, en clara distinción de categorías gramaticales.

El aspecto del libro se comenta al dedillo y, en ocasiones, con severidad. Desde presentación,

portada, portadilla, índice, tipografía, notas a pie de página, documentos incompletos o descuidados, espaciado entre párrafos, fotografías y críticas a otras casas editoriales, ningún elemento escapa al rigor de su panóptico editorial. Resulta paradójico que José Luis González catalogue “inexcusable” que “dos libros de cuentos hayan salido sin índice” (53), en este epistolario que tampoco tiene índice.

Las estrategias publicitarias se perciben en todo el corpus postal. El escritor comenta los beneficios de que publicaciones simultáneas se repartan el campo de lectores (48). Además, evade cualquier proceder que aparente conflictos de interés (80, 83). La preocupación incesante por vender libros, lo pone a la expectativa de las reseñas publicadas, prometidas o posibles, y, finalmente, crea publicidad, propone proyectos y coediciones, o acepta reediciones para apoyar económicamente a Ediciones Huracán (136). Sin embargo, por un momento, el espíritu de colaboración entre González y Rivera Izcoa se ve a merced de marejadas ciclónicas.

El conflicto con la editorial se perfila cuando “hace año y medio... no recibo ninguna liquidación de los derechos de autor que me adeuda Huracán”, y calcula que “las regalías acumuladas deben sumar...un total considerable” (119). Para el autor, no recibir estados de cuenta constituye una “irregularidad extrema” (119-120), por lo cual se ve “obligado a reclamarle una liquidación de cuentas al único deudor que tengo en este mundo [Ediciones Huracán]” (121).

Primero, les pide a dos amigos que le pregunten a Carmín si puede mandarles algunos dólares de sus regalías, puesto que necesita el dinero en efectivo (117). La petición se repite cuando, a solicitud del escritor, Antonio Martorell sirve de intermediario (119, 122). Rivera Izcoa cumple, en todo o en parte, con el envío, pero promete una cantidad adicional que no llega, circunstancia ante la cual González provee a la editora un plazo más amplio para acopiar el dinero y liquidar la deuda (123). Entonces...

“Querido José Luis:”... la carta número 31, letra y puño de Carmen Rivera Izcoa. Los vientos huracanados azotan a esta editorial existente al margen de la oficialidad: tanto trabajo para tan poco sueldo, pérdidas, melodrama, recriminación, culpas, la posibilidad de acogerse a quiebra—descartada por “decencia personal”—... el por menorizado y literal rendimiento de cuentas que culmina con la petición de que él le permita reeditar *En Nueva York y otras desgracias* y *El país de cuatro pisos* (126-136). En honor a la amistad, el escritor accede. Aplacadas las aguas, desembocan en una especulación anegada por el océano silencioso que aguarda al lector al terminar la última página.

Pero antes, las ráfagas constantes de la discusión nacional...

CATEGORÍA 5: POLÍTICA

Enrique A. Laguerre (SUAGM, 2015) conceptúa a José Luis González “bastante burgués... en el sentido de que vestía muy bien, tenía visiones burguesas, no repetía a veces camisas... [H]acia un gran contraste con el José Luis que luego se animó”. Más allá del avivamiento que manifiesta González, Laguerre no otorga crédito a su comunismo “en un punto de vista de cosa genuina”, sino que lo califica “de relampagueo intelectual”. Sin embargo, como apunta Myraida Chávez (SUAGM, 2015), “en plena Guerra Fría, [José Luis] fue víctima de la persecución que sufrieron los miembros del Partido Comunista”; por sus ideas políticas, no consigue trabajo en Puerto Rico, tras lo cual se traslada a México. Tales accidentes debilitan la apreciación de superficialidad o fugacidad emitida por Laguerre en torno a González, puesto que incluso su renuncia a la ciudadanía norteamericana en 1955 y el episodio de la huelga laboral referido en la **CATEGORÍA 2**, lo anclan a un marxismo que no claudica.

Ante las valoraciones que se emiten en la isla en torno a los exiliados, Quintero Herencia (2013) indica que “la esfera pública puertorriqueña[,]

al interpelar a los que se van[,] no puede dejar de ensayar el gesto propio, *familiar*, de quien se siente agraviado, herido ante lo que parecen significar esas travesías de ida que no prometen vuelta”. Como consecuencia, los “sectores importantes de la comunidad donde se inscribe algún puerto de la travesía[,] miran con sospecha al migrante o a los modos no consagrados de lidiar con este ‘problema’”. Ambos aspectos contribuyen a sopesar la opinión de Laguerre acerca de González a base de quién la emite y desde dónde.

En este epistolario, relucen una nostalgia perenne y una tónica de decepción hacia Puerto Rico. Aun cuando González se declara “curado de espanto con las cosas de mi país” (73), al que define como “inmaduro para cualquier cambio importante” (118), le urge que los escritores empiecen a percatarse de lo que ha sido la isla (115). Para efectos de ilustrar las aristas de la compleja figura nacional, José Luis discurre sobre el término axial de la identidad, así como a través de sus conflictos ideológicos con los partidos de turno.

Sobre “el problema de la identidad nacional”, González enuncia: “lo que se ha desintegrado en Puerto Rico bajo el régimen norteamericano no es una nacionalidad, sino la concepción que de esa nacionalidad tenía la burguesía criolla marginada por el imperialismo” (41, 43). Dado el factor identitario como un concepto fluido que cobija las nociones ciudadanas, nacionales y diaspóricas—negociadas, y no siempre correspondidas—este ensayo omite ahondar en tales incógnitas, sobre todo alrededor de una figura multidesplazada como él. Los sujetos y los paradigmas patrióticos se articulan y reescriben constantemente, según el girar vertiginoso/poroso de los poderes, los centros y los márgenes.

Se tensa un hilo conector entre la identidad y las políticas nacionales cuando González tilda “el ‘rescate’ del albuzismo” como “un error gravísimo” (41). “Quien siga viendo a [Pedro] Albizu

[Campos]^{xviii} como el salvador de la ‘nacionalidad’, está aceptando una concepción de la nacionalidad [distinta a la] de los trabajadores puertorriqueños”, concluye (43). Además, enfatiza que “no he dicho mi última palabra sobre el albizuismo” (41), pero, lamentablemente, el epistolario no provee su pronunciamiento final al respecto.

Otros choques ideológico-partidistas emergen cuando González declara que “en Puerto Rico el camino a la independencia pasa por la autonomía” (107). Sin embargo, su rechazo al nacionalismo sugiere que en la isla se labra más de un camino hacia la meta común, incluso dentro de un mismo gremio. José Luis propone “recoger en un volumen... los documentos del PC [Partido Comunista] durante sus veinte años de existencia, con un buen prólogo crítico, pero crítico desde un punto de vista marxista incontaminado de patriotismo nacionalista” (44). Lo anterior limita el alcance de su propuesta, ya que las predilecciones estéticas o temáticas del crítico deben pasar a un plano secundario con tal de facilitarnos el reconocimiento del valor real de una obra. La razón de González se presta para “el manipuleo ideológico” (Quintero Herencia, 2013) de la perspectiva patriotismo al definir “criticismo” desde un solo perfil. Coartar la disensión y el diálogo, fractura la posibilidad de efectuar un trabajo enjundioso, a la vez que desarropa posibles resentimientos debidos a aquella censura y a la persecución que lo catapultaron al exilio.

Una nota más dramática se registra cuando José Luis menciona que el asesinato del hijo de Pedro Juan [Soto] en el Cerro Maravilla es “la cosecha de lo que alguien sembró y ahora intenta repudiar sin el valor de admitir que siempre estuvo equivocado” (51). Al soltar el “Tú me entiendes”, González subraya una clave compartida con su interlocutora, quien, en la respectiva nota al calce, identifica a dicho “alguien” como “Juan Mari Bras, líder independentista fundador del Partido Socialista Puertorriqueño” (51). La fuerza de este argumento consiste en que pudiera responsabilizarse a Mari Bras de la muerte de Carlos Enrique Soto Arriví, mas debe recordarse que González abre un paréntesis cerrado por Rivera Izcoa. Ninguna

recta al líder socialista fluye de la pluma de José Luis González.

Otro desencuentro de José Luis se ventila contra el periódico *Claridad*: “No me extraña lo que me cuentas de las reseñas de Josemilio”, declara (énfasis mío). “Esa gente me ha declarado la guerra y yo no tengo la menor intención de buscar las paces” (54). Lamentablemente, la nota al calce a este respecto aclara que *Claridad* se refiere al “semanario independentista puertorriqueño”, pero Rivera Izcoa se protege de revelar la información que le proveyó al narrador.

Una nota relativa a los comicios electorales de 1980 referida en la **CATEGORÍA 2**, apunta la alegría de González cuando Carlos Romero Barceló, gobernador de la fracción conservadora, revalida al cargo y se encara ante una legislatura del partido popular. El autor sentencia: “lo que ya no funcionará será *el sistema*, no tal o cual partido” (101), como sugiriendo las torceduras de brazo que demanda el hecho de que dos grupos mayoritarios compartan el gobierno. José Luis infiere que los poderes Ejecutivo y Legislativo se ven obligados a anular el progreso de sus respectivas políticas programáticas en aras de trabajar a favor de un proyecto holístico de país. La incapacidad o reticencia a negociar y avanzar una agenda común, demostraría su tesis. Entonces, el Pueblo entero se percataría tanto “de lo que ha sido el país” (115) como de que “sigue estando inmaduro para cualquier cambio importante” (118).

Finalmente, en este apartado, González reconoce el propio compromiso político en su literatura al indicar que su novela *Historia con irlandeses...* favorecería la polémica sobre “el socialismo real” en Puerto Rico, por tratarse de su “primer texto explícitamente antistalinista” (125). Por ende— dando por sentado que quien se va de todo, nunca se va del todo—, se deduce que, aun la palabra escrita de José Luis traza una conexión desde su realidad mexicana hacia una realidad virtual puertorriqueña. Asegura Quintero Heren-

cia (2013) que “nada hay más difícil, quizás, que preguntar por el estatuto de la potencialidad de los proyectos éticos y políticos en Puerto Rico”. El *valor* (como *valía*, como *valentía*) de José Luis González estriba en que cuestiona ambos niveles, tanto para obligarse como para obligar a su pueblo a (re)pensar(se).

VIRAZÓN

Luego de efectuar un vuelo de reconocimiento sobre *A veces Llegan cartas... Epistolario de José Luis González*, conviene retornar a varios asuntos nebulosos.

¿Dónde se halla la “última palabra [del autor] sobre el albizuismo” (41)? Aunque su postura definitiva no aparece en las misivas, la última de ella se envió diez años antes de su muerte, tiempo suficiente para pronunciarse, por fin, en torno al tema.

Además, hace falta descender el velo que el epistolario interpone entre José Luis González y algunos de sus contemporáneos. Aun cuando el escritor critica un proyecto de Fromm, se interesa en que este acceda a la carta para conocer su opinión (45). A los diagnósticos sicopatológicos adjudicados a Díaz Valcárcel los acompaña la exigencia de que sus amigos lo auxilien con “franqueza cordial, pero no blandengue” (50). En un alto a las discrepancias con Pedro Juan Soto, González explaya estremecido una lamentación ante la muerte de su hijo (50). Cinco días después de devaluar la reseña que Josemilio González publicara a favor de la novela de Díaz Valcárcel, José Luis le pregunta a Rivera Izcoa: “¿Qué pasó al fin con la reseña de Josemilio [sobre la *Balada...*]? ¿Ya salió?” (62). El resentimiento ventilado hacia Maldonado Denis por no citarlo —referido en la **CATEGORÍA 3**— se atenúa al recordar que su nombre forma parte de la lista de viajeros desglosados en la **CATEGORÍA 2**.

Lo anterior plasma sus extremos: primeros impulsos, enojos, exabruptos y sentidos de superioridad; mas también propensión a diálogos, enfrentamientos críticos, preocupación por amistades, rectificaciones y solidaridad. Esta úl-

tima actitud emerge a relieve cuando González le contesta a Rivera Izcoa: “mi amistad contigo vale más que una edición” (136). Tal gama de contradicciones se debate desde siempre en la naturaleza humana, y José Luis González no es la excepción.

Lo anterior y el libro entero se enriquecen con la revelación de que el legado epistolar de José Luis no concluye. El libro de Rivera Izcoa supone el precedente hacia una nueva frontera. Si, como muestra el fondo de la portadilla, González escribía sus cartas a máquina, las misivas faltantes yacen dispersas en archivos, sobres, bibliotecas personales, etc., de sus interlocutores. Una pista al respecto se revela cuando, luego de concedérsele el Premio Xavier Villaurrutia, José Luis anuncia que dedicará “un día a contestar, mejor dicho, agradecer todas las felicitaciones *postales*, telefónicas, *cablegráficas* que he recibido” (72). Por ende, ahí hay terreno fértil para la clase investigadora.

Otro campo presto a indagaciones reside en la ficción. Rivera Izcoa señala proyectos narrativos o editoriales que no llegan a imprenta, más ello no los exime de haberse escrito. Algún rincón de México puede albergar borradores o versiones definitivas de los *Tres relatos* (75), las *Conversaciones en Llano Verde* (88), la “novela corta sobre el Puerto Rico del siglo XXI” (105), la edición bilingüe de *Historia de vecinos* (111), el “primer cuento largo de tema mexicano” (123-125), la *Historia con irlandeses* con Joaquín Mortiz (125) y *¿Qué se hicieron los aztecas?* (136). Por lo cual, se convida a los estudiosos a desempolvar los instrumentos y escudriñar el país a niveles casi arqueológicos.

Finalmente, si la *Antología personal* de José Luis González figuró entre los textos censurados por el Departamento de Educación de Puerto Rico en el año 2009 al calificarse su “vocabulario y lenguaje” como “inaceptable, por ser extremadamente burdo y soez” (*Primera Hora*, 2009), ¿cuánto daño vuelca sobre la obra de González revelar la fe de su autor en el espiritismo? En una isla en donde el ultraconservadurismo se infiltra,

cabildea y domina las instituciones públicas y privadas, desvelar este rasgo íntimo de José Luis puede levantar en su contra una ola de silenciamientos o exclusiones de los currículos. Por otro lado, dicho dato derriba una pared para que se realicen asedios espíritas a su obra. José Luis “entendió... a la literatura, al magisterio y a la vida como simples vasos comunicantes; de ahí esas precisas y azarasas correspondencias entre sus relatos, sus cuentos, sus clases, sus ensayos, sus anécdotas, sus tertulias diarias, sus charlas de pasillo: todo es uno” (Díaz Ruiz, 375). Por tal razón, resulta imperioso comprender sus recovecos para conformar a González en su totalidad.

Mientras tanto, hay que recoger escombros y congeniar con la calma hasta que próximos descubrimientos generen la atmósfera propicia para que se alcance otro tifón categoría cinco.

Referencias:

- Del Castillo Pichardo, José. “Lecturas conversando con el tiempo: José Luis González Coiscou.” 26 Sept. 2009: n. pag. *DiarioLibre.com*. Web. 12 Feb. 2015.
- Díaz Ruiz, Ignacio. “Jose Luis González.” *Setenta años de la Facultad de Filosofía y Letras*. México: UNAM, 1994. 374–375.
- González, José L. “Historia con irlandeses.” *Antología personal*. Río Piedras: Editorial UPR, 2009. 127–146.
- Muñiz Gracia, Alba Y. “El Nuevo Día.” *Las carpetas y la historia de Pedro Albizu Campos*. 11 Sep. 2011: n. pag. Web. 17 Dec. 2014.
- “Primera Hora.” Catedráticos critican censura fundamentalista en Departamento de Educación. 12 Sep. 2009: n. pag. Web. 17 Dec. 2014.
- Quintero Herencia, Juan C. “Irse () Ir(se).” *Cruce: crítica sociocultural contemporánea*. Universidad Metropolitana, 25 Feb. 2013. Web. 2 Feb. 2015.
- Raphael. “A veces llegan cartas”. By Manuel Alejandro. *Volveré a nacer*. Hispavox, 1972, LP.

- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa, 2014.
- Rivera Izcoa, Carmen. *A veces llegan cartas: epistolario de José Luis González*. San Juan: Ediciones Huracán, 2013.
- Rodríguez León, Mario A. “El Periodismo Nacionalista De Pedro Albizu.” *Pedro Albizu Campos: escritos*. San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas, 2007. Prólogo.
- Rodríguez Lozano, Miguel G. “Entre Palabras: ensayo sobre ‘Historia con irlandeses’, de José Luis González.” *3er Coloquio Internacional La Novela Corta en México* 1 Dec. 2014: n. pag. Web. 2 Feb. 2015.
- Sistema Universitario Ana G. Méndez (SUAGM). “José Luis González.” *Autógrafo TV: Seres ordinarios con vidas extraordinarias*. Web. 13 Feb. 2015.
- i. *A veces llegan cartas... Epistolario de José Luis González*. Las citas de esta fuente primaria se intercalan entre paréntesis.
- ii. “Antecedentes ...de que en la distancia el cariño crece” (7); “Empecemos por el principio ...que al estar tan lejos todo es diferente” (8); “Huésped, que no amante ...que no son románticas” (9); “Historia de una amistad ...que te dan la vida” (11); “Creación de Ediciones Huracán ... llenas de esperanza” (12); “Valor literario de los epistolarios ...con olor a rosas que sí son fantásticas” (16); “Las cartas de Flaubert ...con sabor a gloria/llenas de esperanza” (21); “Edición del epistolario” (25).
- iii. “Creación de Ediciones Huracán ...llenas de esperanza” (12); “Las cartas de Flaubert ...con sabor a gloria/llenas de esperanza” (21)”.
- iv. “[M]ientras buscaba unos contratos en un archivo...di...con un legajo de cartas del escritor puertorriqueño José Luis González” (7).

v. Carta número 31 (126-135).

vi. “Solo en dos o tres casos no pude recordar nombres de personas o hechos que se mencionan y así lo hago constar” (26). González le escribe “(sabes a quiénes me refiero)” (57). Rivera Izcoa apunta al calce: “La verdad es que no sé a quién él se refiere, o si alguna vez lo supe, lo olvidé”. Igual sucede cuando, en la misma página, él le comenta acerca de un contrato, y ella aclara: “Tampoco sé o recuerdo a qué se refiere esto”. González se remite al libro de “Guillén”, pero su interlocutora anota: “No he podido recordar quién es esta persona, ni sobre qué era su obra” (63).

vii. Primer verso de “A veces llegan cartas”.

viii. Primera acepción de “carta abierta” (DRAE, 2015).

ix. “Dale a leer esta carta a Georg cuando regrese de Europa” (45).

x. “He creído prudente darle a leer esta carta a Toño para facilitarle su gestión...” (122).

xi. Partido Nuevo Progresista (PNP).

xii. Partido Popular Democrático (PPD).

xiii. De entre las compilaciones, resaltan: *Luis Llorens Torres: Antología de verso y prosa* (Arcadio Díaz Quiñones [138]) y *Julia de Burgos: Yo misma fui mi ruta* (María M. Solá [138]). Entre los acercamientos críticos hacia reconocidos autores locales, *César Andréu Iglesias: Aproximación a su vida y obra* (Georg Fromm [27]) como la *Conversación con José Luis González* (Arcadio Díaz Quiñones [32]) y *Obras del Dr. Ramón Emeterio Betances II. Epistolario de Betances 1985* (Ada Suárez Díaz [50]), son dignos de mención. *La mujer en la sociedad puertorriqueña* (Edna Acosta Belén [108]) refleja los logros en cuanto a visibilidad y representación política que se gestaba en los estudios puertorriqueños. Asimismo, *Colonialismo, literatura e ideología* (Juan Ángel Silén [64]), e *Insularismo e ideología burguesa. Nueva lectura de Antonio S. Pedreira* (Premio Casa de la Américas 1979, Juan Flores [75]), aportaban giros

innovadores a la discusión siempre reformulada de la identidad nacional.

xiv. Secuencia de su novela *La llegada*.

xv. En disertación presentada durante el *3er Coloquio Internacional La novela corta en México* (2014), Miguel G. Rodríguez Lozano (2014, p. 7) se remite a ediciones de Historia con irlandeses entre las que tampoco figura la de Joaquín Mortiz.

xvi. El fragmento completo lee: “...dice Maldonado Denis que los nacionalistas actuaron ‘a espaldas del pueblo’ en la década del 50, y Luis Méndez postula que la lucha en defensa de la cultura nacional hay que fundarla en los valores culturales populares, trabajando con los sindicatos, etc. Claro está que ni en el texto ni en las notas al calce aparece el nombre de tu perverso hermanito. Busca tú las raíces de esa mezquindad. ¿O no será que eso lo aprendieron ellos de Manrique Cabrera?” (107-108).

xvii. Luis Ferrao sostiene que “En el campo del ensayo... *El país de cuatro pisos* es su [obra] mejor lograda...es la que él más apreciaba, y él siempre habló... con mucho orgullo de esa obra” (SUAGM, 2015).

xviii. “El Dr. Pedro Albizu Campos es el patriota revolucionario de la resistencia, el forjador de la conciencia nacional puertorriqueña... [F]ue un hombre polifacético, políglota y de amplia cultura universal, que expresó su visión del mundo a través de su coherente y vertical estilo de vida, su elocuente oratoria y por medio de sus artículos de prensa” (Rodríguez León, 2007). El 12 de mayo de 1924 ingresó a las filas del Partido Nacionalista de Puerto Rico, del cual fue electo primer Vicepresidente seis días después. En “Las carpetas y la historia de Pedro Albizu Campos”, Muñiz Gracia (2011) resalta que, para 1953, el líder nacionalista “había denunciado que estaba siendo expuesto a radiación”. El récord liberado por el FBI admite los sucesos como parte de una sicopatología: “paranoia with symptoms of delusion of persecution. T-2 advised that illustrative of these delusions is Albizu’s complaint that the National Guard is using electric rays to kill him” (Muñiz Gracia, 2011).